

POLIBIO

HISTORIAS

LIBROS XVI-XXXIX

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

POLIBIO

HISTORIAS

LIBROS XVI-XXXIX

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 58

POLIBIO

HISTORIAS

LIBROS XVI-XXXIX

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MANUEL BALASCH RECORT



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL .

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA .

© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1983.
www.editorialgredos.com

PRIMERA EDICIÓN , 1983.
ISBN 9788424930790.
REF. GEBO181.

LIBRO XVI

(FRAGMENTOS)

Filipo V en Pérgamo

El rey Filipo ¹ llegó a las inmediaciones [1] de Pérgamo, y pensando que no había logrado matar a Átalo mostró una ferocidad total. En efecto, cedió a la rabia de su ánimo ² , [2] pero debió disponer casi siempre su cólera no contra los hombres, sino contra los dioses, porque en las escaramuzas [3] la guarnición de Pérgamo le rechazaba fácilmente debido a la aspereza del lugar. Y del país no extraía ningún provecho, ya que Átalo había tenido buen cuidado en cuanto a ello y lo había previsto debidamente. A Filipo, pues, le restaba únicamente apuntar [4] su furia contra las sedes y los recintos de los dioses, con lo cual creo, al menos yo, que se injuriaba más a sí mismo que a Átalo. No sólo incendiaba templos [5] y altares, sino que, además, los derruía e, incluso, machacaba las piedras para evitar que se pudiera reedificar [6] lo arrasado. Cuando hubo demolido el Niceforio ³ taló el recinto, destruyó el vallado y derribó los templos, tan numerosos como opulentos, hasta sus [7] mismas bases. Primero se dirigió a Tiatira ⁴ , desde donde hizo una marcha e invadió la llanura de Tebas ⁵ : creía que en estos lugares ante todo recogería un buen [8] botín. Al fallarle también esta esperanza retrocedió hasta Hieracome ⁶ y, desde allí, mandó un aviso a Zeuxis ⁷ , con la orden de que le aprovisionara de víveres y que, desde aquel momento, le apoyara según lo

estipulado [9] en los pactos ⁸ . La respuesta de Zeuxis fue que actuaría según lo acordado, pero en realidad rehusaba reforzar a Filipo.

Batalla naval de Quíos ⁹

Filipo, al fracasar en el asedio ¹⁰ [2] y al verse atacado por el enemigo con una formación de naves ponteadas ^{10 bis} superior en número, se vio en apuros y, ante tales perspectivas, no sabía qué hacer. Pero las circunstancias no le permitían escoger demasiado, [2] por lo que se hizo a la mar cuando el enemigo no lo esperaba; Átalo, en efecto, pensaba que Filipo [3] proseguiría sus trabajos de zapa. Filipo puso el máximo [4] empeño en zarpar ocultamente, convencido de que si lo lograba cobraría ventaja, y luego podría navegar bordeando la costa con toda seguridad hasta llegar a la isla de Samos ¹¹ Pero sus cálculos le engañaron totalmente, [5] pues Átalo y Teofilisco ¹² cuando comprobaron que Filipo levaba anclas se atuvieron al punto a la situación. Se hicieron a la mar, aunque sin orden, ya que [6] creían, como acabo de declarar, que Filipo persistiría en sus propósitos anteriores. Sin embargo, mandaron remar [7] arduosamente y atacaron. Átalo embistió contra el ala derecha, que era la que guiaba al enemigo, y Teofilisco, contra la izquierda. Filipo, atrapado por la [8] situación, dio el santo y seña a los de su ala derecha, con la orden de disponer las naves de proa y entablar batalla corajudamente contra el adversario, mientras que él personalmente se retiró a bordo de una lancha a unos islotes ¹³ que estaban a media ruta; allí aguardó [9] el desenlace de la lucha. El contingente de Filipo dispuesto para la liza constaba de cincuenta y tres naves ponteadas y con éstas de *** ¹⁴ lanchas y ciento cincuenta galeras ¹⁵ , porque no logró equipar toda la flota que [10] tenía en Samos ¹⁶ . El enemigo contaba con

sesenta y cinco naves ponteadas (incluyendo las de los bizantinos), a las que se sumaban nueve trihemiolias ¹⁷ y tres trirremes.

[3] La nave de Átalo fue la que inició el asalto y, al punto, las que estaban cerca cargaron sin ningún orden. [2] Átalo, que había arremetido contra un navio de ocho hileras de remeros ^{17 bis} y le había asestado por debajo del agua un golpe muy preciso, acabó hundiendo la nave, por más que los hombres de cubierta se batieron con denuedo. Y la nave capitana de Filipo, [3] una con diez hileras de remeros, cayó en manos del enemigo de una manera absurda. En efecto, una trihemiolia [4] que le salió al paso cargó contra ella y la golpeó violentamente en mitad del casco, por encima de la hilera superior de remeros, y el timonel ya no pudo hacerse con la dirección de la nave. De modo que ésta, [5] cogida a la trihemiolia, se veía en un gran apuro, totalmente incapaz de maniobrar. En ese momento dos [6] penteras se sumaron todavía a la arremetida, agrietaron a babor y a estribor la nave capitana de Filipo, la destruyeron y mataron a los hombres de su dotación, entre ellos a Demócrates, el almirante macedonio. En aquella misma ocasión, Dionisodoro y Dinócrates ¹⁸ , [7] que eran hermanos de Átalo y almirantes de su flota atacaron, el primero, una heptera y, el segundo, una octera del enemigo, y acabaron el combate naval de una manera inesperada, porque Dinócrates, al embestir [8] a la octera, fue él quien recibió el golpe por encima de la línea de flotación ¹⁹ , con lo que la nave le quedó levantada de proa. Consiguió abrir una vía de agua en el navio enemigo, pero no lograba desprenderse de él por debajo del agua, a pesar de que muchas veces intentó [9] asestar un golpe a su proa. Los macedonios luchaban con bravura, por lo que Dinócrates corrió [10] el máximo riesgo. Pero Átalo voló en su ayuda, atacó la nave adversaria y logró deshacer la trabada de los buques, con lo que Dinócrates se salvó

contra toda esperanza, [11] y la dotación de la nave macedonia, que había combatido con un gran arrojo pereció íntegramente; [12] el buque, a la deriva y desguarnecido, pasó a dominio de Átalo. Dionisodoro se había lanzado al ataque con violencia, pero erró el objetivo ²⁰, y navegó arrimado al flanco enemigo, con lo que perdió los remos de estribor. [13] También las torretas ²¹ de este lado se le derrumbaron, [14] tras lo cual el enemigo le rodeó por todas partes. En medio de clamor y de alboroto la nave se hundió y murió su tripulación, pero Dionisodoro y dos hombres más lograron ganar a nado una nave trihemiolia que acudía en su ayuda.

[4] Las naves restantes de ambos contingentes combatían [2] en condiciones similares, pues la ventaja de Filipo por sus lanchas se veía compensada por la superioridad [3] de que gozaba Átalo con sus naves ponteadas. En el ala derecha de Filipo la situación era tal que la pugna quedaba indecisa, aunque Átalo tenía más posibilidades. Señalé más arriba ²² que los rodios, así que la flota se [4] hizo a la mar, no se aproximaron al enemigo al principio, pero su velocidad era muy superior a la del adversario, por lo que establecieron contacto con la retaguardia macedonia. Inicialmente acosaron la popa de [5] las naves que retrocedían y les astillaron las hileras de remos; cuando las naves restantes de Filipo empezaron [6] a virar para ir en socorro de las que peligraban, y las rodias que habían zarpado en último lugar se agregaron a las de Teofilisco, entonces ambos bandos [7] dispusieron sus buques frente a frente y trabaron combate con valor: se exhortaban unos a otros a grandes voces y al son de la trompeta.

Y si los macedonios no hubieran colocado sus lanchas [8] entre las naves ponteadas enemigas, la batalla naval hubiera tenido un desenlace fácil y rápido, pero ahora los rodios se veían apurados de muchas maneras. En efecto:

tras haber desordenado su alineación primitiva, [9] en su acometida inicial, ahora estaban todos revueltos entre sí y no lograban atravesar con facilidad la formación enemiga ni hacer girar sus naves; en resumen, [10] no podían echar mano de su superioridad, pues las lanchas les atacaban ya los flancos, con lo que les inutilizaban las hileras de remos, ya las proas, de manera que obstaculizaban el trabajo de pilotos y remeros. Pero los rodios usaban una táctica contra los ataques [11] a sus proas: amorraban sus barcos precisamente por ellas ²³, con lo que las naves recibían los golpes por encima del nivel del mar; ellos, en cambio, asestaban los suyos por debajo del agua, con lo que las averías causadas por sus embates no podían ser reparadas. [13] Sin embargo procedían pocas veces a luchar de este modo y, aquí, inclinaron a su favor la contienda porque en el combate cuerpo a cuerpo expulsaron valientemente a los macedonios de las cubiertas de sus propios [14] bajeles. Al romper la línea enemiga, muchas veces inutilizaban los remos de las naves adversarias, luego navegaban en círculo y arremetían contra las proas de unas naves o atacaban a otras por el flanco cuando viraban: en el primer caso, abrían brechas y, en el segundo, despojaban a los buques rivales de algún aparejo [15] preciso para la contienda. Los rodios, pues, peleaban así y destruyeron un buen número de bastimentos contrarios.

[5] Y fueron tres quinquerrems de los rodios los que se distinguieron más en la brega: el buque insignia, en el que navegaba Teofilisco, el quinquerrema mandado por Filóstrato y, en tercer lugar, el pilotado por Autólico, en el que se había embarcado Nicóstrato en [2] su calidad de trierarco ²⁴. Este último se lanzó contra una nave adversaria, pero le quedó el espolón cogido en ella y lo perdió. Y ocurrió que el golpe hizo que la nave comenzara a hundirse con su tripulación, ya que hacía agua por la proa. Autólico y sus hombres, rodeados por enemigos, al

principio lucharon varonilmente, [3] pero al final el jefe cayó al mar con sus armas, herido, y los demás combatientes murieron con valor [4] en la contienda. En aquel preciso momento, Teofilisco acudía en su ayuda con tres quinquerremes. No logró recuperar la nave, inundada de agua ya por todas partes, pero inutilizó dos unidades enemigas y forzó a sus [5] dotaciones a tirarse al mar. Sin embargo, pronto lo acosaron, rodeándole, un gran número de lanchas y de naves ponteadas. Perdió la mayoría de sus soldados, que combatieron arrojadamente; él mismo recibió tres [6] heridas, pero por su audacia y arrostrando el peligro salvó casi de milagro su propia nave con la ayuda de Filóstrato, que también asumió el riesgo con todo coraje. Reunido de nuevo con su propia escuadra, lanzó [7] otro ataque y vino a manos con el enemigo; estaba ya desprovisto de fuerza corporal, pero su vigor moral era más alto y sorprendente que el de antes.

Lo que ocurrió en realidad es que hubo dos batallas [8] navales muy distantes entre sí, porque el ala derecha de Filipo, de acuerdo con los planes iniciales, se iba acercando a la costa y nunca estuvo muy lejos del continente asiático, pero el ala izquierda, que había [9] virado en redondo para ayudar a las naves de su retaguardia, quedó junto a la isla de Quíos; ésta fue el ala que peleó contra los rodios.

En el ala derecha, Átalo había conseguido una gran [6] victoria y se aproximaba al islote en el que Filipo había fondeado aguardando el desenlace. El mismo [2] Átalo observó que un quinquerreme de los suyos había quedado fuera de combate, averiado e inundado por el golpe de una nave enemiga. Y se lanzó a recuperarlo con dos cuatrirremes. Como esta nave enemiga cediera [3] y se retirara hacia tierra, Átalo la acosó más enérgicamente, empeñado en rescatar la otra. Filipo comprobó [4] que Átalo se había separado mucho de los suyos: tomó cinco quinquerremes y tres hemiolias, además de las lanchas que estaban más cerca de él, y se lanzó al ataque. Aisló a Átalo

de su escuadra y le forzó a echar a tierra su nave, lo cual Átalo logró no sin un gran esfuerzo. Pero una vez conseguido huyó con las [5] dotaciones hacia Eritras ²⁵ ; Filipo, por su parte, se apoderó [6] de las naves adversarias y del bagaje real. En esta ocasión Átalo usó de cierta estratagema: esparció por la cubierta de su nave lo más valioso de su ajuar [7] regio. Y los primeros macedonios que abordaron la nave con sus lanchas, al ver aquella cantidad de vasos, de vestidos de púrpura con sus adornos correspondientes, cesaron en la persecución y se dedicaron a hacer botín. [8] De ahí que Átalo pudiera retirarse sin peligro hacia Eritras.

[9] En el conjunto de la batalla naval, Filipo sufrió una gran derrota ²⁶ , pero alentado por la peripecia de Átalo se hizo a la mar, reunió afanosamente sus propias naves y exhortaba a sus hombres a que tuvieran buen ánimo, ya que en la confrontación habían salido vencedores. [10] Ciertamente, se había esparcido entre sus combatientes la especie, es más, la confianza de que el rey Átalo había muerto, fundada en el hecho de que Filipo [11] se había traído remolcada la nave real. Dionisodoro sospechó lo que en verdad había ocurrido a su rey, juntó las naves de su ciudad y levantó el estandarte: se concentraron rápidamente en torno suyo y navegó [12] sin peligro hacia los fondeaderos de Asia. Los macedonios que habían luchado a favor de los rodios y que hacía tiempo que estaban inquietos aprovecharon la ocasión para abandonar el escenario de la guerra contingente por contingente; alegaban que debían darse [13] prisa en socorrer a su propia flota. Los rodios remolcaron unas naves y hundieron las restantes con los espolones de las suyas, tras lo cual pusieron rumbo a Quíos.

[7] En la batalla contra Átalo, Filipo perdió una nave de diez hileras de remeros, otra de nueve, otra de siete y otra de seis, diez del resto de las naves ponteadas, tres

trihemiolas y veinticinco lanchas con sus tripulaciones; en la batalla contra los rodios le zozobraron [2] diez navíos ponteados, lanchas en número de unas cuarenta, y el enemigo le apresó dos tetrarremes y siete lanchas con las correspondientes dotaciones. A Átalo [3] le fueron hundidas una nave trihemiola y dos quinquerrems [el adversario le apresó dos tetrarremes] ²⁷ , y el mismo bajel del rey. Los rodios perdieron dos [4] quinquerrems y un trirreme, pero los de Filipo no les cogieron ninguna nave. En cuanto a hombres, los rodios [5] perdieron unos sesenta y Átalo alrededor de setenta; los macedonios de Filipo, en cambio, unos tres mil y seis mil marineros ²⁸ . De los macedonios y sus [6] aliados cayeron prisioneros unos dos mil hombres; ellos mismos capturaron unos setecientos ²⁹ .

De modo que éste fue el resultado de la batalla [8] naval de Quíos. Pero Filipo se irrogaba la victoria con dos alegaciones, en primer lugar porque había empujado hasta tierra la nave de Átalo y luego la había apresado, y además porque cuando ancló en el lugar [2] llamado Argeno pareció que lo había hecho entre los restos de un naufragio. Realizó, pues, lo que correspondía [3] a esto y, al día siguiente, juntó los despojos y sepultó los cadáveres identificados, para acrecentar así las fantasías ya citadas. Pero, al cabo de poco, los rodios [4] y Dionisodoro le refutaron: ni él mismo había creído [5] jamás en su victoria. En efecto, al otro día, mientras Filipo seguía ocupado en lo mismo, ellos se pusieron mutuamente en contacto y navegaron contra el rey. Colocaron sus naves de frente, pero nadie les salió al encuentro, por lo que cieron hasta tocar tierra en [6] Quíos. Filipo, que nunca había perdido tantos hombres en un solo lance ni por mar ni por tierra, llevó a mal lo ocurrido y su inclinación a la guerra decreció [7] mucho, aunque de todos modos procuraba ocultar esta poca propensión a los demás. Pero en ello las circunstancias [8] no le favorecían. En efecto, aun

descontando otras cosas, lo que ocurrió después de la batalla [9] impuso a todos los que lo vieron: la carnicería humana había sido tal en aquella ocasión, que toda la ruta estaba llena de muertos, de sangre, de armas, de despojos de naves, y en los días siguientes se podía ver en las playas montones revueltos de restos humanos y de [10] los materiales citados. De ahí que no sólo Filipo, sino todos los macedonios cayeran en un desaliento no común.

[9] Teofilisco sobrevivió un solo día. Redactó para su país un informe sobre el desarrollo de la batalla naval, nombró a Cleoneo para que le sustituyera en el [2] mando de la fuerzas, y murió de las heridas. Fue un hombre valiente en los combates y digno de memoria [3] por su carácter. Si él no se atrevía a presentar batalla a Filipo, todos perdían sus oportunidades por temor [4] a la audacia de este rey. Pero cuando Teofilisco inició la guerra, obligó a su propio país a estar a la altura de las circunstancias, forzó a Átalo a no ser remiso y a preparar lo necesario para la contienda, a combatir [5] con coraje y a no rehuir el riesgo. Fue justo, pues, que los rodios ante su muerte le rindieran honras tales que despertaron no sólo en los contemporáneos sino aún en la posteridad el interés por el ideal de la patria.

Después del desenlace de la batalla naval de Lade ³⁰ , [10] cuando los rodios ya estaban ausentes y Átalo no se había reintegrado a la lucha, es cosa clara que Filipo podía completar su navegación y llegar a Alejandría. He aquí el principal indicio que da a entender que cuando Filipo hizo esto ya no estaba en sus cabales.

Un componente irracional en la esperanza humana

¿Qué es, pues, lo que retraía [2] su ímpetu? Simplemente la naturaleza de las cosas. Muchos [3] aspiran a lo imposible cuando todavía está lejos: las esperanzas que

albergan son grandes, y la pasión inhibe el cálculo de cualquier hombre. Pero cuando se acerca el momento de actuar, entonces desisten de lo que acometieron temerariamente: su impotencia y la dificultad de lo que les sale al encuentro les ofuscan y confunden sus proyectos.

*Toma de Prínaso*³¹

Después de todo ello Filipo lanzó [11] algunos asaltos³² , pero infructuosamente por la aspereza que protegía la ciudad, de modo que se replegó, destruyendo en su retirada los fuertes y las colonias del país. Rechazado, pues, acampó [2] junto a Prínaso. Dispuso pronto de unas pantallas protectoras de mimbre, hizo con ellas los preparativos adecuados y empezó el asedio abriendo galerías. Pero [3] el intento no le prosperaba al ser el lugar rocoso, por lo que urde lo siguiente: durante el día hacía ruido [4] debajo tierra, como si el trabajo de zapa adelantara, por la noche transportaba de fuera tierra y la amontonaba junto a las entradas de las minas; pretendía que los de la ciudad calcularan según la cantidad de [5] tierra acumulada y se alarmaran. Los prinaseos al principio se sostuvieron noblemente, pero cuando Filipo les mandó un hombre a decirles que ya les había socavado dos pletros de muralla y a preguntarles si preferían irse sin correr peligro o bien perderse junto con la ciudad, pues en el incendio de sus fortificaciones no [6] se iba a salvar nadie, dieron tal crédito a sus palabras que entregaron la plaza.

[12] La ciudad de los yasios está en la costa de Asia, en el golfo situado entre el templo milesio de Posidón y la ciudad de Mindo. Es el llamado golfo [de Mandalia,]³³ pero más usualmente conocido como golfo de Bargilia, [2] de acuerdo con las ciudades radicadas en él. Los habitantes de Yaso se alaban de ser originariamente una fundación argiva, aunque después lo fueron de los milesios, porque

sus antepasados, ante las pérdidas que sufrieron en una guerra contra los carios, llamaron al hijo de Neleo, el fundador de Mileto. La ciudad mide [3] diez estadios ³⁴ . Entre los bargilietanos se dice y se cree que la efigie de Ártemis Cindíada ³⁵ , que está al aire [4] libre, no se moja aunque llueva o nieve, afirmación paralela a la de los yasios respecto a la imagen de Ártemis Astia. Incluso algunos autores aseguran cosas así. En lo referente a tales asertos de los historiadores [5] no sé lo que pasa, pero en toda mi obra me opongo disgustado a ellos. Me causan la impresión de una simpleza [6] sencillamente pueril, por cuanto tal cosa cae no ya fuera de una teoría razonable, sino fuera de lo posible. En efecto, sostener que algunos cuerpos expuestos [7] a la luz no arrojan sombra es propio de un espíritu calenturiento ³⁶ . Y esto, lo ha hecho Teopompo ³⁷ : escribe que los que entran en el templo de Zeus, en Arcadia, no proyectan sombra. En esto no se diferencia [8] de lo ahora dicho. A algunos historiadores que explican [9] prodigios y se inventan fábulas parecidas a las anteriores se les debe excusar si lo hacen con miras a preservar la piedad de los pueblos hacia la divinidad. Pero no se deben hacer concesiones excesivas. Sin duda en [10] estas materias es difícil trazar una línea divisoria clara; sin embargo, hay que hacerlo. Al menos yo creo [11] que si bien debemos ser indulgentes con errores pequeños y creencias no demasiado exactas, con todo hemos de rechazar sin contemplaciones cualquier afirmación desorbitada al respecto.

Grecia: a) Tentativa de Nabis contra Mesenia ³⁸

En el Peloponeso, según un [13] propósito ya antiguo, Nabis ³⁹ , el tirano de los lacedemonios, echó de la ciudad a los ciudadanos, otorgó la libertad a los esclavos y los casó con las mujeres y las hijas de los dueños anteriores; al

propio [2] tiempo exhibió su poder como asilo sagrado de todos los que huían de sus países por algún sacrilegio o alguna infamia, con lo que juntó en Esparta una multitud de [3] hombres impíos ⁴⁰ . Pero todo esto ya está expuesto más arriba ⁴¹ ; ahora hablaremos de cómo, aliado con los etolios, los eleos y los mesenios ⁴² cuando pactos y juramentos le forzaban a prestar ayuda a todos éstos si alguien salía en campaña contra ellos, Nabis, sin embargo, no hizo el menor caso de tales obligaciones, y se dispuso a infringir sus tratos con la ciudad de Mesenia.

b) Digresión acerca de los historiadores rodios Zenón y Antístenes ⁴³

[14] Dice Polibio: ya que algunos autores de monografías también han historiado esta época que abarca la intentona contra Mesenia y las batallas navales ⁴⁴ que he descrito, quiero discutir brevemente acerca de ellos. Lo haré, sin embargo, no de todos, sino sólo de aquellos [2] que me parecen dignos de recuerdo y de distinción ⁴⁵ , me refiero a Zenón y a Antístenes, ambos de Rodas. Creo que son muchas las causas que les hacen [3] merecedores de atención. En efecto, no sólo han vivido en aquella época, sino que, además, intervinieron activamente en política y, ahora, se dedican a tareas literarias no para extraer lucro de ellas ⁴⁶ , sino por amor a la fama y por lo adecuadas que son a los hombres políticos. No podemos dejar de mencionarlos, para evitar [4] que los estudiosos, al no coincidir nosotros en algún caso con estos autores, ante la fama de la isla de Rodas y la creencia de que los rodios son habilísimos en las cosas del mar, les den más crédito a ellos que a nosotros. Estos historiadores, desde luego, primero declaran [5] que la batalla naval de Lade no es menos importante que la de Quíos, pero que fue más empeñada y feroz, tanto en las acciones concretas de la pelea como en su desarrollo general; dicen también que en ella la victoria

correspondió a los rodios. Yo podría aprobar [6] que los autores otorguen cierta importancia a sus propios países, pero no, en modo alguno, que hagan afirmaciones contrarias a lo que ha ocurrido. Bastan y [7] sobran, en efecto, los errores que cometemos los autores, pues evitarlos les es difícil a los humanos. Pero si escribimos falsedades adrede para favorecer a nuestro país o a los amigos, o para congraciarnos con alguien, ¿en qué diferiremos de los que se ganan la vida [8] de esta manera? Así como éstos ponderan las ganancias y, según ellas, convierten sus composiciones en indemostrables, los políticos, arrastrados alguna vez por la inclinación o por el odio, al final acaban como los [9] antedichos. Por ello, los lectores deben prestar especial atención a este respecto y los autores guardarse a sí mismos.

[15] El caso presente corrobora mi afirmación. Los autores citados están de acuerdo en que, en las acciones parciales de la batalla de Lade, el enemigo se apoderó [2] de dos quinquerrems rodios con sus dotaciones y en que durante la refriega una nave rodia arboló la bandola ⁴⁷ , porque había sufrido un impacto y hacía agua. Muchos de los navíos rodios cercanos la imitaron y se [3] retiraron hacia alta mar. Al final el almirante, abandonado junto a unos pocos, se vio obligado a hacer lo [4] mismo que los antedichos. Vientos desfavorables les empujaron a Mindia ⁴⁸ , donde fondearon. Al día siguiente [5] zarparon hacia la isla de Cos, el enemigo remolcó los quinquerrems capturados, echó anclas junto a Lade y pernoctó allí donde los rodios habían tenido el campamento. [6] Los autores citados están todavía de acuerdo en que los milesios ⁴⁹ , alarmados ante lo sucedido y ante el temor de verse atacados ⁵⁰ , coronaron no sólo a Filipo, sino incluso a Heraclides ⁵¹ . Después de exponer todo [7] esto, lo cual es indudablemente propio de unos derrotados, declaran vencedores a los rodios tanto' en las acciones parciales

como en el conjunto de la batalla, y eso cuando aún se conserva en el pritaneo el documento ⁵² [8] que, acerca de tales hechos, el almirante remitió a la asamblea y a los prítanes. Pues bien, este documento concuerda con mis afirmaciones, no con las de Zenón y de Antístenes.

Tras lo dicho, ambos autores tratan de la ruptura ⁵³ [16] del pacto establecido por Nabis con los mesenios. Aquí, [2] Zenón afirma que Nabis partió de Lacedemonia, cruzó el río Eurotas por el lugar llamado Hoplita y avanzó por una calzada estrecha junto a Poliasio, hasta alcanzar los parajes de Selasia ⁵⁴ . Una vez en ellos, rebasó [3] Talamas y llegó hasta el río Pámiso ⁵⁵ , en el lugar denominado [4] Faras. De todo ello no sé ni qué decir; estas afirmaciones presentan un orden tal que, en una palabra, en nada difieren de quien aseverara que salió de Corinto, cruzó el Istmo y, tras tocar las Rocas Escirónicas, de repente atacó Contoporia y, bordeando [5] Micenas, prosiguió su avance hacia Argos ⁵⁶ . Evidentemente, aquí el error sería palmario; pues los lugares están emplazados de manera bien opuesta: mientras que el Istmo y las Rocas Escirónicas están al Este de Corinto, Contoporia y Micenas están casi junto a su [6] Sudoeste. De manera que es absolutamente imposible [7] a quien siga tal ruta llegar a las localidades citadas. Se da un caso idéntico en la geografía de Lacedemonia, [8] pues el río Eurotas y Selasia están al Noroeste de Esparta, mientras que Talamas, Faras y el río Pámiso [9] están al Sudoeste. En realidad, el que desde Talamas quiera marchar contra Mesenia no es ya que deba hacerlo bordeando Selasia, es que ni tan siquiera debe cruzar el río Eurotas.

[17] A esto añade Zenón que Nabis había efectuado la salida desde Mesenia por la puerta que conduce a Tegea. [2] Lo cual es absurdo, pues en esta ruta entre Mesene y Tegea se encuentra Megalópolis, de manera que en Mesene no hay puerta de la que se pueda decir que [3] conduzca a

Tegea. Quizás se objete: desde luego, pero resulta que los mesenios tienen una salida denominada «Puerta de Tegea», por la que Nabis emprendió la marcha; esto confundió a Zenón, quien supuso que Tegea [4] estaba más cerca de los mesenios. Y esto no es así, sino que Laconia y el territorio de Megalópolis están en [5] medio de Mesenia y la Tegeátide. Concluyo: Zenón afirma que el río Alfeo, ya en las proximidades de sus fuentes, se oculta y que, tras un largo recorrido subterráneo, aflora al suelo en Licoas ⁵⁷ de Arcadia. Pero, [6] en realidad, este río, no lejos de sus manantiales, se oculta unos diez estadios y emerge de nuevo. Discurre por el país de Megalópolis. Primero su caudal es pequeño, pero va creciendo y, después de atravesar a la luz del día toda la región mencionada, al cabo de unos doscientos estadios alcanza Licoas. Aquí ya ha afluido a [7] él el río Lusio, por lo que, caudaloso y en realidad impracticable *** ⁵⁸ .

Indudablemente, todo esto a mí me parecen errores [8] que, sin embargo, admiten excusa y explicación: lo último se debió a la ignorancia y lo de la batalla naval, a un exceso de patriotismo. ¿Se puede, entonces, [9] reprochar verdaderamente algo a Zenón? Sí: el haber puesto el máximo interés no en la investigación de los hechos ni en la organización de su material, sino en la elegancia del estilo, de la que es notorio que se jacta con frecuencia, cosa que, por lo demás, hacen la mayoría de los autores de algún renombre. Yo sostengo que debemos atender cuidadosamente la [10] exposición artística de los hechos, porque esto coadyuva no poco, sino mucho, a la utilidad de la historia, pero, sin embargo, no podemos pensar que los hombres inteligentes consideren que la dicción es lo primordial y primero. ¡Ni mucho menos! La historia tiene [11] aspectos más importantes, de los cuales sí se puede jactar el hombre político.

Lo que pretendo defender resultará muy claro por [18] lo que sigue: el historiador en cuestión expone el asedio [2] de Gaza ⁵⁹ y la confrontación que hubo en Celesiria entre Antíoco y Escopas, la batalla de Panio ⁶⁰ . Pues bien: nadie negará que ha cuidado tanto el estilo de su dicción que la extravagancia de su lenguaje no se ve rebasada ni tan siquiera por la de las obras declamatorias redactadas para suscitar el pasmo del vulgo; [3] en cambio, desatendió tanto la realidad de los hechos que su irreflexión y poca práctica también resultan a [4] su vez incomparables. Efectivamente, primero quiso exponer la disposición de las fuerzas de Escopas ⁶¹ . Dice que su falange y unos pocos jinetes quedaron emplazados en el ala derecha, al pie del monte, y que su ala izquierda ocupaba la llanura, junto con la caballería [5] debidamente alineada. Añade que Antíoco ⁶² , así que despuntó el alba envió a su hijo mayor, llamado también Antíoco ⁶³ , con una parte de sus fuerzas, para que se adelantara y ocupara el sector de la montaña desde [6] el que se dominaba al enemigo. Y en pleno día hizo que el resto de su ejército cruzara el río ⁶⁴ que separaba los dos campamentos, y lo estacionó en la llanura; alineó la falange frente al centro de la formación adversaria y distribuyó su caballería a ambos lados de la falange. En el ala derecha puso también su caballería acorazada ⁶⁵ , al mando, toda ella, del hijo menor de Antíoco ⁶⁶ . A continuación relata cómo el rey apostó [7] sus elefantes delante de su falange, a cierta distancia de ella, junto con los tarentinos de Antípatro ⁶⁷ . Los [8] espacios libres que quedaban entre las bestias, los cubrió con arqueros y honderos. Dice Zenón que el rey y su escolta montada y los soldados escudados se situaron detrás de los elefantes. Tras señalar estas posiciones [9] dice que el hijo menor de Antíoco, el que estaba en la llanura al frente de la caballería acorazada oponiéndose al ala izquierda del enemigo, cargó desde la colina, derrotó y persiguió a la caballería adversaria

mandada por Ptolomeo ⁶⁸ , hijo de Eropo. Este Ptolomeo mandaba el ala izquierda, los etolios ⁶⁹ que estaban en la llanura. Luego las falanges entraron en contacto [10] y se trabó una lucha encarnizada. A Zenón le pasa por alto el que las falanges no podían enfrentarse, puesto que entre ellas había situado anteriormente a los elefantes, la caballería y la infantería ligera.

A continuación escribe que la falange de Antíoco, [19] demostrablemente inferior en potencia ofensiva ⁷⁰ , se vio agobiada por los etolios, y se replegaba al paso, pero que los elefantes recogieron bien a los que se batían en retirada; atacaron incluso al enemigo, prestando con ello un gran servicio. No es fácil entender cómo [2] los elefantes llegaron a situarse detrás de la falange, y aun admitiéndolo, no se ve cómo pudieron prestar [3] este gran servicio, porque, una vez que las dos falanges entraron en combate, las fieras no podían distinguir si los que se les echaban encima eran amigos o enemigos [4]. Asegura, luego, Zenón que los jinetes etolios durante el combate se vieron en apuros porque no estaban [5] habituados a la aparición de las fieras. Pero él mismo dice que la caballería, apostada ya al principio en el ala derecha, permaneció intacta; en cuanto al resto de los jinetes, los situados en el ala izquierda, [6] huyeron masivamente, superados por Antíoco. ¿Entonces, cuál es la parte de la caballería que, colocada en el punto medio de la falange, se asustó ante los elefantes? [7] ¿Y dónde estaba el rey? ¿Qué servicio prestó en la acción, rodeado como estaba durante la pelea por las formaciones más escogidas de jinetes y de infantes? De esto no dice ni media palabra. ¿Y qué del hijo mayor de Antíoco, el que, con parte de las fuerzas, se [8] anticipó a ocupar posiciones en los altos? Porque, después de la batalla, ni tan siquiera regresó a su propio campamento. Y es natural: Zenón supuso a dos Antíocos hijos del rey, cuando fue uno solo el que salió [9] a

campana. ¿Y cómo pudo ser Escopas el primero y el último en abandonar el campo de batalla? Porque Zenón dice que él, cuando vio que los hombres de Antíoco el menor, de regreso ya de su persecución, aparecían por la espalda de su falange, perdió las esperanzas de [10] vencer y se retiró. Tras esto sitúa el combate más encarnizado, que se dio cuando su falange quedó cercada por los elefantes y la caballería: aquí dice que Escopas fue el último que se alejó del peligro.

[20] Me parece que cosas así, unos despropósitos tales, [2] acarrearán una gran vergüenza a los escritores. Por eso se debe intentar dominar todas las facetas de la historia, lo cual sería magnífico. Pero si es imposible, debemos poner el máximo cuidado en familiarizarnos con las más necesarias e importantes.

Me ha llevado a decir esto ⁷¹ el ver ahora que también [3] aquí, igual que ocurre en las demás artes y profesiones, la verdad y lo que es auténticamente útil en cada caso resulta postergado, y en cambio lo que redundará en una [4] fanfarronería fantasiosa es alabado y emulado como si fuera algo grande y admirable. Desde luego que esto último en la historia, como en los géneros literarios restantes, es más fácil de elaborar y se gana el aplauso de manera más barata. En lo tocante a la ignorancia de [5] la geografía de Laconia, los errores me parecieron garrafales y no vacilé en escribir al mismo Zenón ⁷² . Creo, [6] en efecto, que es propio de un hombre noble no cimentar la gloria personal en los fallos ajenos, cosa que hacen algunos, antes bien, en vistas al bien común, me parece que debo poner en cuanto pueda cuidado y corrección, tanto al confeccionar mi obra histórica [7] como al estudiar la de los otros. Zenón recibió mi carta y la leyó. Reconoció que ya era demasiado tarde para introducir cambios, pues su obra había sido publicada. Le dolió enormemente, pero la cosa no tenía [8] remedio. Acogió amistosamente mi crítica. Por lo que a mí se refiere,

digo a mis comentaristas contemporáneos y a los futuros que, si encontraren que he mentido a propósito, que he falseado intencionadamente [9] la verdad, que me censuren sin contemplaciones, pero, si comprobaren que lo he hecho por no saber más, en tal caso que sean comprensivos, tanto más cuanto que yo precisamente me he impuesto un cometido enorme, estudiar la multitud de temas que se integran en esta obra.

Egipto: carácter de Tlepólemo ⁷³

[21] El entonces administrador del reino de Egipto, Tlepólemo, era joven, y había pasado su vida ininterrumpidamente en la milicia, con gran ostentación. [2] Era de índole altiva y ambicionaba ser famoso; aportaba, en suma, a la dirección del Estado grandes cualidades, [3] pero defectos no menores. Era muy capaz en la conducción de un ejército y en planear las empresas bélicas, [además] era de temperamento viril y tuvo una [4] habilidad congénita para las arengas militares; en cambio, cuando se trataba del ajuste de otros y diversos problemas, su falta de interés y de sobriedad, tanto para conservar los fondos públicos como para administrarlos en algo útil, le convirtieron en el hombre más torpe. Ésta fue la causa no sólo de su rápido desastre, [5] sino también de la debilitación del imperio egipcio. Porque cuando se le confió el control de las finanzas se [6] pasaba la mayor parte del día boxeando o entre efebos, en concursos con armas. Y, al término de esto, [7] organizaba bacanales; empleó la mayor parte de su vida en tales ocupaciones y entre estas compañías. Y en [8] las horas del día que dedicaba a las audiencias repartía (más bien dilapidaba, si hay que decir la verdad) los bienes estatales entre los embajadores llegados de Grecia y los gremios de actores teatrales, aunque la parte del león la llevaban los soldados y los

oficiales de su corte. No sabía decir «no», y daba todo lo que tenía [9] a mano al que sabía ganárselo con sus palabras. Desde [10] entonces el mal creció y se propagó por sí mismo, porque el que se veía favorecido inesperadamente exageraba [11] sus expresiones de agradecimiento, tanto por la merced recibida como por las que esperaba en el futuro. Tlepólemo, enterado de los elogios que todos [12] le tributaban, de las libaciones que se le dedicaban en las orgías, leía encima las inscripciones elogiosas y oía las canciones que le entonaban los músicos por toda la ciudad. Y acabó engreído y cada vez más hinchado, más predispuesto también a favorecer a soldados y a gente extranjera.

Pero esto enojaba a los cortesanos, que observaban [22] todos sus hechos y dichos, y llevaban muy a mal su irresponsabilidad; comparaban con él a Sosibio ⁷⁴ y se admiraban de éste, pues pensaban que había mostrado [2] una prudencia superior a lo que se podía esperar de sus años mientras estuvo en la guardia real, y que en sus entrevistas con extranjeros había justificado la fe ⁷⁵ depositada en él. Él, efectivamente, guardaba el sello real y tenía a su cargo la custodia de la persona [3] del monarca. Fue por aquel entonces, más o menos, cuando se presenta allí de regreso de la corte de Filipo, [4] Ptolomeo, el hijo de Sosibio. Ya antes de zarpar de Alejandría estaba lleno de vanidad, tanto por su natural propio como por las riquezas que le había legado [5] su padre. Pero cuando, llegado a Macedonia, trató a los soldados de la guarnición real, supuso que entre los macedonios la hombría consistía en distinguirse de los demás en el modo de calzar y de vestir. Llegó a Egipto obsesionado por estos extremos y convencido de que su ausencia y el haber convivido con los macedonios le habían convertido en hombre, pero que los de Alèjandría continuaban siendo unos esclavos, unas [6] cabezas de ganado. De modo que, naturalmente, muy

pronto sintió celos de Tlepólemo y se produjeron fricciones [7] entre ambos. Todos los cortesanos se pusieron del lado de Ptolomeo, porque Tlepólemo manejaba el dinero y los asuntos de Estado no como un regente, sino como un heredero. Las diferencias se agravaron [8] rápidamente. Entonces Tlepólemo, cuando le llegaban malas noticias de que los cortesanos le acechaban malignamente, empezó desoyéndolas, pues despreciaba lo que [9] se le decía. Pero, luego que en la asamblea general se atrevieron a lanzarle reproches públicos en su ausencia, [10] diciendo que administraba mal el Imperio, montó en cólera, reunió al consejo y dijo que aquéllos lo habían calumniado a escondidas y entre sí, pero que él había decidido formular su acusación delante de todos y a cara descubierta.

[11] Tras su discurso ante el pueblo, Tlepólemo retiró la custodia del sello real a Sosibio y, desde entonces, ya gobernó todas las cosas según su parecer personal.

Siria: la lealtad de la población de Gaza

De aquella ocasión en que Antíoco [22 a] devastó la ciudad de Gaza dice Polibio ⁷⁶ : me parece oportuno [2] y conveniente dar de los de Gaza ⁷⁷ el buen testimonio que merecen. En efecto, por lo que toca a valor [3] no ceden en nada, en las acciones de guerra, ante los demás pueblos de Celesiria, y les aventajan si se trata de actuar a una o de ser leales. Más aún: su audacia es irresistible. Cuando la incursión persa, todos los [4] demás pueblos quedaron anonadados por las dimensiones de aquel imperio, y se entregaron, ellos y sus ciudades, a merced de los medos; sólo los de Gaza se avinieron al asedio y soportaron aquella calamidad. Y en tiempos de la expedición de Alejandro cuando [5] no sólo los demás se rindieron, sino que incluso Tiro fue tomada y reducida a esclavitud, y los que se resistían al empuje y a la fuerza de Alejandro debían

prácticamente desesperar de cualquier salvación, en Siria sólo Gaza se le opuso y tanteó todas sus posibilidades. Y lo mismo hizo ahora, pues luchó lo indecible [6] en su empeño de conservarse leal a Ptolomeo. Por eso, [7] del mismo modo que cuando se trata de personas en nuestra *Historia* destacamos a los hombres valientes, se debe también recordar con elogio y públicamente las ciudades que, por tradición o por principios, acostumbran a actuar con nobleza.

Entrada triunfal de Escipión en Roma ⁷⁸

[23] Publio Cornelio Escipión llegó desde África a Roma no mucho después de la época en cuestión ⁷⁹ . [2] El interés con que le esperaba el pueblo era proporcional a la enormidad de las hazañas de este hombre, de manera que también era grande la curiosidad que la urbe sentía hacia él, junto con una no menor simpatía [3]. Y es lógico y natural que las cosas fueran así. [4] Porque si antes no habían esperado poder expulsar a Aníbal de Italia ni rechazar el peligro que se les aferraba, a ellos y a sus deudos, ahora no sólo se creían firmemente al abrigo de cualquier riesgo y contingencia, sino que además se veían superiores al enemigo, por lo que se entregaron a las mayores demostraciones de [5] alegría. Cuando Escipión dio inicio al desfile, entonces estaban todavía más fuera de sí, porque el espectáculo de los prisioneros que formaban en línea les recordaba el peligro que habían pasado; todo eran acciones de gracias a los dioses y halagos al que había [6] logrado un cambio de tanta envergadura. Incluso Sifax ⁸⁰ , el rey de los masasilios, fue paseado por toda la ciudad con los demás prisioneros; algún tiempo después [7] murió en el cautiverio. Acabados estos festejos, en Roma se celebraron todavía durante varios días

ininterrumpidamente certámenes y regocijos públicos, provisora de los cuales fue la munificencia de Escipión.

Filipo en Caria ⁸¹

Había comenzado ya aquel invierno [24] en el que Publio Sulpicio ⁸² fue nombrado cónsul en Roma. El rey Filipo continuaba en el país de los bargilios; al ver que ni los rodios ni Átalo licenciaban a los hombres de sus flotas respectivas, sino que tripulaban más naves y dedicaban más atención a sus guarniciones, se sentía incómodo y cavilaba muchas y diversas empresas para el futuro. Temía a su vez que los bargilios salieran [2] del puerto, pues preveía alarmado una batalla naval, y al no fiarse en absoluto de la evolución de las cosas en Macedonia, se negaba resueltamente a pasar el invierno en Asia, temeroso de los etolios y de los romanos. No desconocía, en efecto, las embajadas que contra él [3] se enviaban a Roma *** y supo que la campaña romana en África había concluido. Todo lo cual le ponía en dificultades [4] arduas. Pero de momento se vio obligado a quedarse allí, donde llevaba, según el dicho, una vida de lobo ⁸³ . Pues entre los carios robaba y pillaba: violentaba [5] a unos y, muy a pesar de su natural, adulaba a otros, porque el ejército le pasaba hambre. Unas veces lo sustentaba con carne, otras con higos, y otras [6] aún con algo de trigo. Le aprovisionaban Zeuxis, los milasios ⁸⁴ , los alabandeos ⁸⁵ o los magnesios ⁸⁶ , a quienes, cuando le daban, halagaba, y cuando no, ladraba y [7] ponía asechanzas. Al final por medio de Filocles ⁸⁷ puso una celada a la ciudad de los milasios, pero fracasó [8] porque el intento era demencial. Taló los campos de los de Alabanda como si fueran enemigos: decía que le era imprescindible proporcionar víveres a su ejército.

[9] Polibio de Megalópolis en el libro decimosexto de su *Historia* dice: Filipo, el padre de Perseo, cuando recorría el Asia falto de víveres para su ejército recibió higos de los magnesios, porque no había trigo. Por eso, luego que tomó la plaza de Miunte ⁸⁸ , regaló el territorio a los de Magnesia en pago de los higos. (ATENEO , III 78 c.)

Átalo y los rodios en Atenas ⁸⁹

[25] El pueblo de Atenas mandó embajadores al rey Átalo, que debían darle gracias por lo que había promovido ⁹⁰ y, al mismo tiempo, rogarle que se trasladara personalmente a Atenas para deliberar acerca de la situación. Al cabo de unos días el rey supo [2] que unos legados romanos habían llegado por mar al Pireo; creyó necesario encontrarse con ellos y zarpó a toda prisa. Enterados de su presencia, los atenienses [3] le votaron una recepción fastuosa, y lo mismo también, para su estancia allí. Átalo, pues, navegó hasta el Pireo, [4] y en el primer día se entrevistó con los legados romanos. Comprobó que recordaban muy bien la colaboración pasada ⁹¹ , y que estaban dispuestos a la guerra contra Filipo, lo cual le satisfizo enormemente. Al día [5] siguiente junto con los embajadores romanos y los magistrados atenienses subió a la ciudad en medio de una gran pompa, pues les salieron al encuentro no sólo los arcontes con los caballeros, sino todos los ciudadanos con sus mujeres e hijos. Cuando se encontraron, con [6] el trato surgió en el pueblo ateniense un afecto tal hacia los romanos, y aun hacia Átalo, que no dejaron de hacer nada por considerarlo exagerado. Cuando Átalo [7] penetró por el Dipilón ⁹² , de ambos lados se dirigieron a él sacerdotes y sacerdotisas, que abrieron luego todos los templos, colocaron víctimas sobre los altares y le brindaron ofrecer el sacrificio. Por último, los atenienses [8] le votaron unas honras tales como

jamás, en tan poco tiempo, habían tributado a sus bienhechores anteriores, pues además de otras cosas dieron a una tribu ⁹³ [9] el nombre de «atálida» y le contaron a él entre los héroes tribales epónimos.

[26] Después de esto reunieron la asamblea e invitaron [2] a ella al rey en cuestión. Ante esta petición, Átalo manifestó que le parecía poco elegante presentarse personalmente y citar todos los favores delante de los mismos [3] beneficiarios. Los atenienses no insistieron en que acudiera, y le indicaron que escribiera lo que él suponía [4] conveniente en aquella situación. Átalo accedió a esto y redactó un escrito, que los presidentes trasladaron [5] a la asamblea. En compendio se trataba de un memorial de los favores concedidos por él mismo al pueblo de Atenas, una enumeración de sus acciones [6] contra Filipo en aquella coyuntura, y al final una exhortación a la guerra contra éste; les aseguraba y les juraba que si ahora no se decidían a declarar noblemente que compartían los sentimientos de odio contra Filipo junto con los rodios, los romanos y él mismo, y luego, tras haber desatendido su oportunidad, pretendían participar de la paz que habían logrado otros, [7] errarían en lo que convenía a su propio país. Leída la carta, el pueblo ateniense votó su disponibilidad para la guerra tanto por lo dicho como por la simpatía que [8] profesaba a Átalo. A mayor abundamiento entró una delegación rodia que expuso muchos argumentos en favor de su propia tesis. Y los atenienses acordaron [9] declarar la guerra a Filipo. También acogieron suntuosamente a los rodios, coronaron a este pueblo con la corona al más valiente y otorgaron a todos sus ciudadanos derechos políticos iguales ⁹⁴ a los que ostentaban los atenienses. Con esto, Atenas pagaba, además de otros favores, la devolución a ellos de las naves y de los prisioneros de guerra que Filipo les había capturado. Los